



# Borges *y* México

MIGUEL CAPISTRÁN  
Editor

Nueva edición

L

Lumen

---

Miguel Capistrán  
Editor

# Borges y México

Lumen

---

## Advertencia

---

El privilegio de tratar a Borges, pero sobre todo la oportunidad, única, de traerlo tanto en primera como en la segunda de las tres visitas que efectuó a México, hizo que este libro tomara forma a partir de un texto que publiqué en la revista *Equis* (agosto de 1999), donde recogí parte de los recuerdos de la extraordinaria experiencia que fue conocer y guiar en sus primeras andanzas mexicanas a un ser de excepción como el escritor argentino.

Concebido, originalmente, a la luz del centenario de su nacimiento (24 de agosto de 1999), parece no sólo interesante sino útil incorporar en un volumen tanto las alusiones borgesianas a México como las referencias a autores mexicanos frecuentados por él en las lecturas o por trato directo, así como la huella que la obra del escritor ha dejado en los creadores locales.

México y diversos elementos mexicanos —esto es, el país, ciertos referentes y escritores— que conoció y que sin llegar a ser tan definitivos como lo son otras naciones y otros personajes en su obra —con excepción de una figura citada líneas más adelante— estuvieron presentes en la producción del argentino y tuvieron alguna resonancia en su literatura desde el momento en que, según aseveración suya, descubrió lo atrayente que eran este territorio y los hechos aquí acontecidos al adentrarse siendo niño en las páginas de la original versión en inglés de la *Historia de la conquista de México*, de William Prescott.

Así, pues, se reúnen en este trabajo un puñado de voces en torno a un creador que en distintos momentos, antes de conocer esta tierra, aun en la distancia, estuvo llamado por el nombre México, que por algún tiempo tuvo a su lado la presencia viva del país en alguien por él tan querido y reconocido y que pesó de manera poderosa en su desarrollo como escritor, esto es, Alfonso Reyes para quien este país, su país, significó no sólo la noción de patria, sino que fue razón fundamental de sus preocupaciones mayores y quien fuera cuestionado injustamente por un supuesto descastamiento circunstancial que, como otras más, no siempre literarias, vino a identificar a ambos autores estrechamente.

De varias maneras México estuvo presente en los trayectos vital y literario borgesianos, y ambas cuestiones lo estuvieron en muchos autores y especialistas mexicanos. De ello quiere dejar constancia este acercamiento a un tema que ha tenido ya algunos intentos previos, preciso es reconocerlo, como el de Christopher Domínguez Michael, quien a la muerte del creador austral elaboró, acerca de esa relación, un “Diccionario mínimo” donde, además de señalar una importante precisión para la historia de las letras mexicanas y el autor que nos ocupa (“El testimonio de nuestras lecturas será fundamental en algunos años, cuando recordemos que somos una generación donde Borges acabó por remplazar a Salgari, Dumas y a Edmundo de Amicis entre las primeras lecturas”), expuso un oportuno resumen

sobre el vínculo México-Borges que a continuación citamos por lo que significa en el contexto de presente obra:

Jorge Luis Borges fue uno de los primeros críticos extranjeros de nuestra vanguardia: frente a Manuel Maples Arce en 1922. Un poema suyo queda entre folios de *Contemporáneos*<sup>1</sup> y su amistad con Alfonso Reyes es un capítulo de esa otra historia donde celebran las bodas de los sentimientos y la vocación. Los vientos vasconcelistas le hicieron llegar a casa, muy joven, “La su patria”, de Ramón López Velarde, cuya sonora melancolía no alcanzaría a olvidar. Padeció, es preciso recordarlo, los residuos de una maldición del modernismo: la malquerencia que hizo competir a México y Buenos Aires por el apollado título de capital de la cultura latinoamericana.

Más adelante colocó dos diamantes de prosa perfecta al pie de las obras de Juan José Arreola y Juan Rulfo.

Hay en “El Aleph”, quizá su cuento más célebre, dos misteriosas evocaciones mexicanas: Querétaro y Veracruz. La curiosidad y la paciencia de Cristina y José Emilio Pacheco las han disipado. La primera recuerda un desconocido prólogo de Borges *Juárez y Maximiliano* de Franz Werfel en 1946. La segunda puede ser el esolío de una novela negra de James M. Cain que transcurre en las costas del Golfo de México.

Borges estuvo en México en 1973, 1978 y 1981. Recordó en Teotihuacan al guerrero cautivo de *La escritura del Dios*. No pasará mucho tiempo antes de que sus conversaciones con los escritores mexicanos pasen al patrimonio de la letra.

Por último, una anécdota. Una amiga argentina que acompañó a Borges en su visita final a México me la ha transmitido. Borges le fue asignado un automóvil cuyo chofer había sido profesional de la lucha libre en su juventud. La cortesía de Borges y la curiosidad del conductor le facilitaron la conversación. Perdido entre el tráfico de la ciudad de México, Borges se enteraba con pasión y con detalle de los pormenores de la lucha libre y su magnífica naturaleza de farsa y representación lúdica del cosmos. El último día, Borges pidió licencia a sus acompañantes para viajar solo, en el asiento delantero, con su nuevo amigo. ¿Qué hablaron el escritor de los laberintos y el hombre de la máscara? <sup>2</sup>

Ese panorama descrito por Domínguez Michael, más otras incidencias de la pluma de Borges en tem y personajes mexicanos, se incluían en una recopilación anterior —es decir, todos los textos en que Borges alude a México o a autores mexicanos—, pero la rotunda e insuperable realidad de los derechos de autor, sumado a otro tipo de exigencias de naturaleza editorial, hicieron imposible incorporarlos en esa publicación anterior para acompañar a otros escritores mexicanos —ya sea por nacimiento, por nacionalización o por su plena integración a nuestra vida literaria— que abordan el fenómeno borgesiano desde múltiples perspectivas.

La comodidad o utilidad de reunir en un solo volumen tales testimonios aconsejaba que así procediera, pero por las razones antes expuestas la parte de la autoría de Borges quedó restringida a la sola mención en la bibliohemerografía que se incluyó en la parte final de la versión precedente de esta obra.

Un caso similar ocurrió con algunos trabajos de ciertos autores que pidieron, ellos mismos o sus herederos, que se cubrieran regalías, o quienes simplemente no concedieron la autorización del caso.

Borges, no está por demás advertirlo, provocó seducciones tan fuertes como la que llevó, por ejemplo, a la escritora Beatriz Espejo, merced al dinero ganado en un sorteo, a viajar a la remota Argentina sólo por el privilegio de hablar con él; o la que hizo desplazarse hacia este país al filósofo Emilio Uranga con la finalidad única de charlar con el autor de *El libro de arena* en torno de Baruch Spinoza, el pensador holandés de honda presencia en el escritor bonaerense.

Más allá de la mera circunstancia del centenario del nacimiento de Borges, éste es un libro surgido

en principio, a la sombra de otra obsesión, la mía inicialmente por conocerlo en persona, y luego por hacerlo que visitara México. Ambas cuestiones fueron impulsadas por motivos de lector y por natural fascinación que ha ejercido sobre mí un personaje tan atractivo como autor universal como por los visos fantásticos que su personalidad también reflejó.

Por otra parte, resulta pertinente tener en cuenta que durante un buen tiempo se dijo que el conocimiento de la obra de Borges en México comenzó prácticamente a principios de la década de los años cuarenta del siglo anterior; lo cual no fue así, ya que debe considerarse que la afiliación del escritor a la corriente ultraísta lo hizo entrar en contacto con otros escritores de esa tendencia tanto en España como de América Latina, y por lo que toca a nuestro país estuvo relacionado con el equivalente de esa corriente que aquí se denominó estridentismo, la cual entre nosotros tuvo un carácter de izquierda por el influjo de la muy reciente Revolución mexicana y sus consecuencias en el campo literario y el de las artes en general, lo que estableció ciertas diferencias con los estridentistas mexicanos y los ultraístas de otros países. No obstante, hubo bastante cercanía y comunicación entre ellos, lo que se demuestra con la reseña que Borges dedicó al libro *Andamios interiores*, de Manuel Maples Arce, en la bonaerense revista *Proa* en 1925, y cabe hacer notar que Maples Arce y Borges se encontraron durante la primera visita de Borges al país en 1973; hubo igualmente desde la segunda década del siglo xx varias referencias mexicanas al entonces ultraísta argentino.

Asimismo, para destacar ese hecho determinante de que tanto Borges y varios escritores mexicanos tenían conocimiento de sus respectivas obras y nombres desde los años veinte del siglo pasado, y para mencionar únicamente un hecho altamente ilustrativo, baste mencionar que la antología titulada *Índice de la nueva poesía americana* publicada en Buenos Aires en 1926 y realizada por el peruano Alberto Hidalgo, prologada por éste y Vicente Huidobro y Jorge Luis Borges, incluye en su nómina entre los representantes líricos de México a Germán List [sic] Arzubide, a Manuel Maples Arce, a Salvador Novo, a Carlos Pellicer, a José Rubén Romero, a José Juan Tablada y, curiosamente, al guatemalteco Luis Cardoza y Aragón.

Así, hechas estas advertencias y para comenzar correctamente, paso a contar cómo fue que el inventor extraordinario de atmósferas y situaciones se hizo presente un buen día entre nosotros.

---

# A manera de prólogo

...o donde se ve cómo, cuándo y a qué vino Borges

a México por primera vez

MIGUEL CAPISTRANO

## I

**A**penas salía de la adolescencia cuando conocí la literatura de Jorge Luis Borges. Desde ese momento, fascinado por el orbe fantástico, alucinante de sus narraciones, donde la realidad cotidiana es capaz de provocar sorpresas tan grandes como si fueran consecuencia de hechos fabulosos, y luego de haber pasado por la lectura de los relatos infantiles y juveniles, aquellos que eran clásicos hasta antes de la era electrónica, y después de haberme asomado a otro tipo de lecturas, me propuse conocer a un autor que era prácticamente el único que había despertado en mí nuevamente el arrobamiento que tuve cuando accedí al placer de la lectura en la niñez y pude solazarme con un universo fantástico desplegado por los cuentos de hadas y *Las mil y una noches*.

Quise conocerlo, vaya, no sólo en el sentido de abordar toda su obra, sino en el de tener un acercamiento personal con él, de hablar, de charlar de mis obsesiones en torno de sus cuentos; así fue como le manifesté, la primera vez, por teléfono, mi deseo de sostener un intercambio directo. Como en una “charla”, usando este vocablo que juzgué más apropiado para el entorno argentino, se solicitó. Me replicó que si yo quería “platicaríamos” de muchas cosas, y de tal suerte, o sea “platicando”, estaríamos más a gusto, puesto que mi condición de mexicano se deslizaría con mayor comodidad para lograr mis propósitos. “Platicando”, insistió, mejor que charlando o conversando, pues así es como se usa en mi tierra, según le enseñó Alfonso Reyes.

Mis propósitos no eran otros más que conocer del propio Borges si mis intuiciones de joven lector que se acercó originalmente a sus relatos eran correctas —alejado como me hallaba todavía de afanes críticos, pesquisidores y desmenuzadores que muchas veces despojan a la obra analizada de su resortilegio, de su aliento narrativo y su mismísima esencia literaria—, si acaso sus lecturas iniciales incluyeron cuentos de hadas, pues de *Las mil y una noches* ya había dejado testimonio de su vasto conocimiento en *La historia de la eternidad*.

Así, sin pretensión crítica y tratando de preservar ese primer trasiego que hice de su obra, cargado como estuvo de asombro y magia, con todo candor, con toda la *naïveté* si es más adecuado el término (por cuanto es advertible aun dentro de la complejidad de sus arquitecturas narrativas el objeto de mis preocupaciones de esos días), quería, simplemente, confirmar si mi vislumbre era correcto.



A propósito de esta seducción que provocan sus textos narrativos —aunque lo ha dicho por escrito—, tuve la fortuna de escucharlo hablar sobre Robert Louis Stevenson, algo que en su caso se ajustó perfectamente a la medida, y fue una de las claves que me hizo entender el porqué de esa fascinación que me hizo caer rendido ante su obra: “Yo comparto lo que decía Stevenson: ‘Un libro tiene muchas cualidades. Pero hay una sin la cual todas son inútiles. Esa cualidad es el encanto. Cuando usted lee un libro debe percibir ese encanto, y sentirse interesado’”. Y vaya que existe encanto en sus textos narrativos. No puede uno sustraerse a esa *ars incantatoria* que se desprende de la literatura borgesiana, la misma que sólo en relatos de su paisano Bioy Casares he podido encontrar así de intensa y seductora.

Por lo demás, en el caso de sus ficciones, se cumplen a la perfección todos los requerimientos que exigen los cánones de esta clase de literatura, muy simples pero difíciles de llenar; como lo sabe cualquier lector, antes que otra cosa exige del autor una gratificación placentera; en resumidas cuentas, el deleite al leer, lo que sucintamente se clarifica en una apreciación como ésta: “La buena escritura narrativa es en su parte más elemental un acto de seducción; su objetivo es excitar. Excitar la curiosidad, interés, expectativas. Coquetea con el lector, estimula el apetito, está a punto de colmarlo sólo para estimular otro apetito mayor: el apetito de más, por favor, en este mismo instante.<sup>1</sup> El caso es que para descifrar ese enigma, que bien visto no lo era tanto a fin de cuentas, pasaron muchos años y tuve que sortear tantos avatares que los creía por un tiempo insuperables: la distancia entre México y Buenos Aires por principio, lo costoso del viaje y la estancia, el acceso mismo al escritor siendo un absoluto desconocido para él y sin cartas credenciales que me avalaran como digno de ser recibido por un tamaño celebridad; tantas cosas, en fin, que el sueño de conocer a Borges fue, por el lapso más que prolongado, no sólo un sueño, sino como se dice coloquialmente, un sueño guajiro.

No obstante, terco que soy como buen Tauro de segundo decanato, perseveraré en el intento y así como mucha gente le expuse un propósito que, vista la imposibilidad de satisfacer meramente mi deseo de conocer a Borges por razones alta y estrictamente personales, se transformó en la idea de que el escritor viniera a México, habida cuenta de que nunca lo había hecho y de que existieron algunos intentos para ello, incluido el realizado infructuosamente por Alfonso Reyes, que fracasó por falta de apoyo oficial suficiente, según nos comentó Manuelita Reyes, su viuda, a Emir Rodríguez Monegal cuando a mí, durante el viaje que hicimos a Xalapa a una conferencia que sobre Reyes dictó James Willard Robb en la Universidad Veracruzana, en 1964. Otro intento, el de Daniel Cosío Villegas en 1966, quedó igualmente en mera tentativa.

Procuré, de esta suerte, por distintos medios, personas e instituciones lograr lo que durante buenos diez años resultó imposible. En diciembre de 1973 finalmente llegué “con todo y Borges”, como me dijo el maestro Salvador Novo a la siguiente mañana de nuestro arribo cuando lo llamé para comunicarle que iríamos a comer a su restaurante La Capilla (comida en la que Novo no pudo estar); ¡hélas!, porque fue internado súbitamente en el hospital, casi luego de nuestro diálogo telefónico.

¡Estaba a un mes escaso de su muerte!)

A causa de esa pertinacia mía en torno de Borges, cuando Elena Poniatowska lo entrevistó por esos días se refirió a mí, en el cuerpo de su diálogo con el argentino, como una persona con ideas fijas, pues Elena, entre tanta gente a la que atosigué con mi afán obsesivo-compulsivo por traer a Borges, fue una amiga más que comprensiva, que además de oír mi *ritornello* borgesiano, ¡tantas veces como se lo habré recitado!, no consideró demencial mi objetivo, sino que al presentarle al escritor me felicitó tan vívidamente que experimenté una satisfacción como muy pocas veces en la vida.

Si ya al salir del avión y ver la multitud congregada para recibir a esa figura de las letras y oír el estallido de los aplausos, los vivas a Borges y el relampagueo de los *flashes* de las cámaras fotográficas y las luces de la televisión, me sentí no sólo impresionado, sino conmovido —el mismo Borges también, como me refirió Claude Hornos de Acevedo, su acompañante—; si a su llegada a la conclusión de que Borges aparecía por primera vez en nuestro país me hizo sentir plenamente satisfecho por la hazaña de traerlo, la felicitación de Elena me hizo aún más feliz, además de que en esa ya toda una felicidad la convivencia, el trato con él desde Buenos Aires y los días por transcurrir en México.

Gracias a un viaje de buena voluntad que se efectuó a Sudamérica en 1972 comandado por Daniel Delgado Ranauro, ex gobernador de Veracruz, que ya había destacado como líder juvenil en Córdoba de nuestra tierra natal, durante el 68 —era Delgado a la sazón director del Instituto Nacional de Juventud en el estado y yo asesor cultural—, pude incorporarme a esa gira en la que también participaron el ballet folclórico de la Universidad Veracruzana, grupos de teatro y conferencistas como Emmanuel Carballo y yo mismo, itinerario en el cual visité solamente Chile y Argentina.

Dentro de las actividades previstas en la gira estaban los intercambios con los países visitados, insistí en el acercamiento con Argentina y propuse invitar a Borges, Bioy Casares y a otros intelectuales y artistas. La invitación a los primeros no pudo concretarse. No obstante, Manuel Puig vino a raíz de los contactos entonces establecidos.

Lo más interesante y valioso de dicha jornada, para mí por supuesto, fue conocer finalmente no sólo a Borges, sino a José Bianco, Victoria Ocampo, Ernesto Sábato, Juan José Hernández, Silvina Bullrich, Manuel Mújica Láinez y Eduardo Mallea, y gracias a la generosa intervención de Borges mismo, que me llevó ante ellos, a Silvina Ocampo y a Bioy Casares.

Si bien nuestra estancia en Argentina iba a reducirse a seis días únicamente, al advertir el ambiente bonaerense de ese entonces, de una plenitud cultural impensable en México —la calidez y generosidad de los argentinos que en su mero mole son muy diferentes de aquel producto que conocemos como *fast food export*—, opté por quedarme una temporada, que se prolongó por algunos meses. Me alejé de nociones como patria, nostalgia, hogar, obligaciones, etcétera, inmerso como estaba en una vida intensa de veinticuatro horas en la que el trato con Borges fue uno de los grandes alicientes.

Regresé por insistencia familiar y porque los compromisos que entonces tenía con Novo (un libro



*La vida en México en 1824*, que publicaríamos al alimón, más una investigación sobre los fertilizantes en México que quedó trunca) hicieron que éste, alarmado por mi desaparición, me enviara mensajes en su columna semanal de *El Herald*, urgiéndome a entregarle los materiales de trabajo. Lo llamé desde Buenos Aires prometiéndole solemnemente regresar al redil y él ofreció perdonarme al cien por ciento si me comprometía a buscar a Nieves Rinaldi, una de las anfitrionas de él y García Lorca en Argentina, para entregarle una disculpa tardía, ¡de cuarenta años!, por haberse ido del país sin despedirse de ella, no obstante las atenciones que le prodigó durante la enfermedad que le acometió estando en casa de ella, lo que narra en su libro *Continente vacío*.

Así las cosas, ya prácticamente vecindado en Buenos Aires, busqué el tan ansiado encuentro con el escritor. Iba provisto de una gentil carta de presentación de Javier Fernández, agregado cultural argentino en México, para Nicolás Cócara del periódico *La Nación*, aunque este conducto no fue posible por no hallarse Cócara en la ciudad.

Una entrañable amiga que nos atendió a todos los veracruzanos durante la visita, Cristina Chamorro fue la embajadora ante el entonces director de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires. Gentilmente, por medio de Cristina, me pidió éste que lo llamara para concertar personalmente la cita. Cuando me comuniqué con él, todavía lleno de aprensión, porque si bien era un momento que anhelaba por años, la sola idea de escuchar su voz y de que estaría escuchándome —en resumen, de que Borges sí Borges mismo, iba a hablar conmigo—, fue suficiente para ponerme nervioso.

Quedé pasmado cuando él contestó directamente la llamada. Le comenté tiempo después que ese hecho me llamó mucho la atención porque no me lo esperaba. Adujo:

Cuando yo era director de la Biblioteca Nacional sonaba el teléfono y corría a contestarlo. Hay personas que no hacen eso. Suele ser el teléfono y dejan que la secretaria o el secretario contesten. Además, obligan a hacer antesala a la gente. Nunca he entendido eso. La gente me preguntaba: “¿Puedo verlo?” Yo contestaba: “Sí”. Enseguida: “Bueno... ¿pero cómo llego a usted?” Yo: “Muy sencillo, estoy en el primer piso de la calle México 564. Usted entre. No se deje detener por ninguna ordenanza ni por nadie...” La mayoría no hace eso. Yo recibo a la gente porque soy un hombre bien educado. No tengo por qué rechazar a nadie... es que somos solemnes y faroleros. A veces uno pregunta y le contestan: “El señor termina de salir”. Entonces uno piensa que el señor es una serpiente, que sale después de un lento proceso.

Toda timidez y prevención sucumbieron luego de que me convidó a “platicar” en la misma biblioteca. Casualmente, y debido a que estábamos en septiembre, el mes de nuestras fiestas patrias, cosa que yo sabía por Alfonso Reyes, su amigo y ex embajador en el país, se presentaba una exposición de libros de antiguas ediciones acerca de la Conquista (“Muy joven leí la de Prescott, que jamás visitó México por cierto. Y además, ¿sabía usted que era ciego como yo?”), la cual me encareció visitar por ser mexicano y paisano de Reyes.

Más que en cualquier otro lugar quería encontrarme con él *in situ*; esto es, en “su” biblioteca, en ese recinto tan particularmente asociado con su figura, ahí en Buenos Aires. Así que apenas llegué a ese lugar, comencé a alucinar, como si estuviese leyendo uno de sus textos clásicos.

Ya una vez en su oficina, tuve que esperar un breve lapso, dado que mi inminente entrevista

estaba en la etapa final de un reportaje con una televisora extranjera. De pronto lo vi aparecer desde fondo del pasillo que conducía a su despacho. Lo observé caminar con pasos un tanto cansinos, pero que denotaban seguridad al desplazarse, esa seguridad de quien conoce perfectamente su cotidiano camino.

Fue una aparición maravillosa que iba aclarándose en la medida en que se acercaba a la antesala y iba esfumando detrás suyo la luz de la incipiente primavera bonaerense que, aunque carecía de intensidad que tenía en el exterior, era suficiente para opacar ese rostro que conocía por fotografías, cine y la televisión.

Inquirió a una secretaria si ya había llegado el “señor mexicano”, y una vez verificada mi presencia pasamos a su despacho, donde me pidió unos instantes de espera, pues tenía que efectuar una llamada pendiente. Tomó el teléfono y marcó el número, o discó según dicen por allá, guiándose por el tacto. Inquirió por la salud de un amigo e inició una conversación que me concedió el tiempo suficiente para alcanzar a ver algunos libros que reposaban sobre su escritorio, donde por indicación suya quedé sentado al frente de él: *Apocryphal New Testament*, traducción de M. R. James; *Essays of Montaigne*; *Old English Grammar* (Campbell); uno de Chesterton cuyo título no alcancé a leer en el lomo; *Biblioteket i Babel*, traducción al alemán de un texto suyo, igual que *Das Eine un die Vielen (El otro es el mismo)*; el tomo 40 de la Biblioteca de Autores Españoles, *Libros de caballerías y, ¡oh, sorpresa! Las llaves de Urgell de Carlos Montemayor*.

Al término de su llamada comenzó la “plática”, un monólogo mejor dicho, de un Borges complacido por el hecho de que mi mexicanidad lo condujera a la evocación de Alfonso Reyes, figura más que definitiva en su vida: “Fue el primero que me trató como individuo. Antes de él no pasaba de ser hijo de Leonorcita Acevedo y el nieto del coronel Borges. Y, bueno..., mi abuelo, como el padre de Reyes, se hizo matar... me publicó un texto en Cuadernos del Plata”. Recordó su estancia en Texas donde tantas cosas hablan de México, “aunque, claro, cada país es diferente”. Aludió a la postración de su madre, a su longevidad. Habló de su parentesco con el dictador Rosas, si bien era una vergüenza ser pariente del dictador, “por aquello de los degüellos”.

Entre ese aluvión verbal apenas si pude intercalar algún comentario. Uno de ellos me hizo advertir la gracia, la agudeza, ese humor del autor de *El Aleph*, del cual tendré manifestaciones incontables a lo largo de mi trato con él. Le dije que me sorprendía que el nombre de la calle México, donde se hallaba hasta ese entonces la Biblioteca Nacional, en el barrio de San Telmo, en pleno Centro Histórico porteño, estuviera escrito con x y no con j, como era la costumbre en la prensa y en los libros argentinos, según había podido comprobar.

Contestó: “Es que así lo pidió el señor embajador”. Aludió así a la solicitud que hizo el gobierno mexicano, allá por los años veinte o treinta, por medio de las representaciones diplomáticas ante los países de habla hispana, para que la grafía del nombre de nuestro país fuese con la x, la letra que Reyes hacía ostensible gala de llevar en la frente, como reza el título de uno de sus libros.

A Reyes, siempre presente en sus recuerdos apenas surgía la mención de México, lo evocó de forma por demás emotiva, por cuanto desde el primer encuentro entre ambos surgió ese algo que convirtió una amistad anudada en una de esas afinidades electivas tan al dictado de un Goethe de profundas resonancias para don Alfonso. Así, pues, recordó Borges:

Conocí a Reyes en casa de Pedro Henríquez Ureña. Luego lo vi en casa de Victoria Ocampo. Recuerdo que habló de la “evolución victoriana” en la literatura argentina. Él me invitaba todos los domingos a comer en la Embajada de México. Recuerdo que tenía la memoria llena de citas oportunas. Yo admiraba y sigo admirando al poeta mexicano Othón, y él me dijo que lo había conocido en la casa de su padre, el general Bernardo Reyes. Le dije: “Pero cómo, ¿usted lo conoció?” Y él dio enseguida con la cita oportuna de aquellos versos de Browning: “Hay un señor que habla de Shelley, y el otro le dice: ‘Pero cómo, ¿usted lo vio a Shelley, usted lo ha visto a Shelley?’”

Y entonces cuando yo le dije: “¿Usted lo conoció a Othón?”, Reyes murmuró: “Ah, did you once see Shelley plain...”

Exactamente la cita que convenía: Reyes tenía el amor de la literatura inglesa. Bueno, en realidad tenía el amor de todas las literaturas. Admiraba no sólo a los maestros, a los escritores famosos, sino también a los que han llamado los clásicos menores. Entre ellos encontramos en nuestra compartida devoción por el —hoy olvidado con injusticia— poeta francés Toulet. Él sabía de memoria muchas *contrerimes*; yo también. Y también en nuestra devoción por el helenista y ensayista escocés Andrew Lang, los dos ahora más o menos olvidados.<sup>2</sup>

El borgesiano monólogo, alentado por la “querida flor azteca” (de este modo se refería Victoria Ocampo a don Alfonso, llamándolo así en alusión a una de las figuras de la lotería argentina) prosiguió mientras nos dirigíamos a la exposición bibliográfica de tema mexicano localizada en la planta baja de la biblioteca.

Me solicitó que fuera su lazarrillo para ir a la sala donde estaba la muestra, a cambio de que él me guiara en ese recorrido por un ámbito en el que sabía casi milimétricamente cómo moverse. Ante los libros, aun sin vista, sabía igualmente cuáles eran. Mientras nos deteníamos ante cada ejemplar y él se apoyaba en mi brazo, yo recordaba a nuestro Luis González Obregón, el extraordinario bibliófilo y cronista de la ciudad de México del que me platicaba Fernando Benítez que ya muy anciano y casi totalmente ciego era capaz de que si alguien le solicitaba un volumen de su biblioteca, un dato, un folleto, sabía ir sin ayuda alguna a extraerlo del anaquel correspondiente.

Guardo, en fin, la memoria de ese primer encuentro como algo tan precioso e inolvidable que me parece escuchar todavía. Terminada la visita y cuando nos dirigíamos a la calle, pues era ya la hora del almuerzo, en su larga pero espléndida exposición oral apareció el nombre de Juan José Arreola, quien conoció en Estados Unidos y con quien sostuvo provechosas conversaciones, en una de las cuales se refirieron al nombre Arizona (“lugar feo, por cierto, y donde uno se asa a 39 grados de temperatura”), el cual según Arreola quería decir “Árida zona” (“aunque me parece que es muy curioso ese origen”).

En este tenor seguimos caminando por algunas cuadras hasta la casa de un amigo con quien haré una corta visita. Dejamos para otra ocasión asuntos como su posible visita a México y, desde luego, y dejé pendientes mis inquisiciones acerca de Borges y las hadas para otra oportunidad.

Mi siguiente visita al autor de *El Aleph* fue nuevamente en la Biblioteca Nacional. Esa vez, ya habiéndolo conocido y comprobado que, además de “bien educado”, como él decía de sí mismo, estaba dotado de una bondad y accesibilidad extraordinarias, llegué con más desenvoltura y confianza sin el temor que me impidió hacerlo anteriormente, para proponerle realizar el viaje a México. Él replicó, con una rapidez sorprendente:

¡Qué curioso que usted haya tenido que hacer un desplazamiento tan largo para proponerme un viaje que pude hacer con mi madre en 1961! Porque entonces, cuando estuvimos en Texas (y esto lo dijo marcando la x como normalmente se hace fuera del ámbito mexicano, por lo cual me sonó raro en el discurso de quien estaba al tanto de nuestras peculiaridades lingüísticas) intentamos ratificar la invitación que me hiciera aquí en Buenos Aires Daniel Cosío Villegas sobre la posibilidad de ir allá a dictar unas conferencias; eso nos pareció muy atractivo, puesto que de alguna manera estando en Texas ya estábamos en México, ¿no es cierto...? No recuerdo qué pasó finalmente, pero el caso es que no pudimos ir en esa ocasión. Tenía un deseo enorme de conocer su país, el país de don Alfonso Reyes. Y sí, a alguien nos dirigimos y enviamos los títulos de las conferencias que podía y ofrecer... pero no hubo respuesta favorable o ninguna respuesta. Fue imposible hacer ese viaje. Lo lamenté mucho, pero más aún deploré mi madre.

—Ésta es la ocasión entonces para que conozcan un país donde se le admira tanto, y ahora —le dije pensando que un argumento así lo animaría— esta invitación se la hacen los jóvenes de una provincia mexicana, los jóvenes de Veracruz.

La mención de ese nombre tuvo como efecto que lo que iba a convertirse en una perorata oficial de mi parte fuera atajada por su declamación de aquel poema de Reyes “Golfo de México”, donde alude al puerto jarocho y a la Habana:

#### Veracruz

La vecindad del mar queda abolida:  
 basta saber que nos guardan las espaldas,  
 que hay una ventana inmensa y verde  
 por donde echarse a nado.  
 [...]  
 No: aquí la tierra triunfa y manda  
 —caldo de tiburones a sus pies.  
 Y entre arrecifes, últimas cumbres de la Atlántida,  
 las esponjas de algas venenosas  
 manchan de bilis verde que se torna violeta  
 los lejos donde el mar cuelga del aire.  
 [...]  
 En el aburridero de los muelles,  
 los mozos de cordel no son marítimos:  
 cargan en la bandeja del sombrero  
 un sol de campo adentro:  
 hombres color de hombre,  
 que el sudor emparenta con el asno  
 —y el equilibrio jarocho de los bustos,

al peso de la cívicas pistolas

[...]

La vecindad del mar queda abolida.

Gañido errante de cobres y cornetas

pasea en un tranvía—

basta saber que nos guardan las espaldas.

[...]

(Atrás, una ventana inmensa y verde...)

El alcohol del sol pinta de azúcar

los terrones fundentes de las casas.

(...por donde echarse a nado).

Con voz pausada, pero con la entonación debida, declamó todo el poema hasta el final —del que aquí sólo transcribo algunos fragmentos que he tomado del *Repaso poético* (1906-1958) de don Alfonso— con lo cual quedé estupefacto ante la manifestación de una memoria tan excepcional como la de Borges y de la que tuve ocasión igualmente privilegiada de sorprenderme una vez más cuando ya en México, rumbo a Teotihuacan, nos recitó íntegramente a quienes le acompañábamos “La suya patria”, de Ramón López Velarde.

Después de esto no acertaba cómo establecer el diálogo con él, porque me encontraba en el pasmo absoluto por esa demostración de conocimiento enorme de la obra de Reyes. Sin embargo, me sacó de anonadamiento al responder a la petición de venir al país que la sola idea de recorrido tan largo extenuaba, sobre todo después de haber acudido hacía no mucho a Israel, si no mal recuerdo, viaje que le había resultado agotador. Y en virtud de que su madre se encontraba prácticamente postrada esperando sólo la muerte por ser ya nonagenaria, no podía ni debía alejarse de ella, así fuera por poco tiempo, porque sería imperdonable no estar a su lado en caso de agravarse o de un final que, aunque esperado por ella, sería terrible para la familia.

Ante motivos tan contundentes me sentí desconsolado puesto que el otro objetivo de mi viaje a Argentina, además del hecho mismo de conocerlo y hablar con él, quedaría incumplido al no viajar escritor a México. Él mismo sugirió que invitara a otras personas, pero evidentemente el resultado no sería igual, además de que mi deseo personal e íntimo quedaba, si no anulado, sí bastante aporreado por la respuesta.

No obstante, algo me decía que no perdiera la esperanza de convencerlo, de tal suerte que no me dejé vencer por el desánimo; por lo pronto, opté por seguir disfrutando de los enormes atractivos que por entonces ofrecía una Buenos Aires inmersa en los momentos últimos del gobierno militar de Lanusse y que preludiaban la transición de un gobierno que iba a propiciar el retorno de Juan Domingo Perón a la presidencia de la república, ese personaje de cuyo nombre no quería acordarse Borges por los agravios que le significaron a él, a su madre y a su hermana, y cuya nueva gestión en el gobierno iba a ser, junto con la de su sucesora Isabel Perón, la escala previa de la feroz dictadura que se instalaría después en el poder.

Tuve todavía otras oportunidades no sólo de verlo, sino de estar a su lado durante mi primera permanencia en Argentina. Alguna fue al encontrarlo simplemente en las calles del centro de la ciudad, donde no era raro hallarle puesto que el departamento que ocupaba en la calle Maipú se localiza en ese sector de la ciudad.

Como había expresado que su madre no podía viajar y acompañarlo, y debido a esa circunstancia cuando necesitó salir al extranjero lo acompañaron amistades suyas como María Esther Vázquez, cuando encontró ahí el recurso para convencerlo de la visita a México sugiriéndole que una persona de su entorno más cercano viajara con él. Le expuse la posibilidad de que lo acompañara Adolfo Bioy y que éste fuera la perfecta combinación para un programa estelar de conferencias.

La propuesta le pareció atrayente. Más aún, llegó a bromear con la idea de ser “el *partenaire* de Adolfo” en una gira mexicana de conferencias literarias”, en la que yo sería el *entrepreneur* que presentaría a “la pareja Bustos Domecq”. Aunque bien visto, decía, habría que buscarle un nombre más llamativo, algo que tuviera un poco de resonancias cinematográficas, porque si no quizá el público no respondería y mi fracaso como empresario estaba garantizado de antemano. Me atreví entonces a sugerir que podríamos anunciar algo así como al “Charles Dickens y al Wilkie Collins del Río de la Plata”, aludiendo a aquella colaboración que los escritores ingleses tuvieron en obras destinadas a un público juvenil.

De la sugerencia, en fin, y luego del chacoteo, se pasó a los hechos y fue así como Borges me condujo una noche “a lo de Adolfo”, como se dice coloquialmente por allá para referirse a la casa o al negocio de alguna persona. Accedí así a otro de los santuarios de la literatura fantástica argentina y fui presentado a ese otro sumo sacerdote que, con Borges, era el otro máximo referente de ese género que de manera tan notable ha florecido por esos rumbos de un sur tan distante para nosotros.

Esa velada ha sido uno de los acontecimientos más extraordinarios de mi existencia porque, además de la ya de por sí fabulosa conjunción de los personajes a cuya vera me encontraba, fui testigo de una conversación que ambos mantuvieron durante una buena parte de la reunión. Fue la única vez en mi vida en que vi cómo la literatura tomaba cuerpo, en que no era necesario el libro para gozarla y en que no podía hablarse de que eran actores los que estaban representando una ficción. Justamente como en los textos de ambos donde esa realidad cotidiana sustenta sus páginas, pero en las que ese *frisson nouveau* baudelaireano que es ahí el elemento fantástico, se lo transmite a uno, al lector, de un modo tan sobrenatural como el alma en el *Cántico espiritual* de san Juan de la Cruz, que luego de conocer a Amado queda llena de un no sé qué, “que queda balbuciendo”, y así como en trance queda uno.

De tal suerte que ver y oír a Borges y a Bioy, estar dentro de su círculo más íntimo era, por decirlo de algún modo, como estar en el “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius” borgesiano, donde, entre otros, aparece de pronto Alfonso Reyes o Emir Rodríguez Monegal con la mayor naturalidad del mundo; o como en el cuento de Bioy donde un personaje está comiendo “unas galletitas de Terrabussi” —las mismas que son tan comunes en los “boliches” argentinos y que cuando las descubrí en una confitería las pedí pa-



probarlas y llenarme de un sabor “bioysiano”—. Sólo que en mi caso lo fabuloso era estar con ellos en una casa de la calle Posadas de Buenos Aires; sólo que los personajes fantásticos eran ellos y yo no estaba dentro de algún sueño.

Y como prueba de que estuve en el paraíso, quiero decir a semejanza de lo que nos dice Borges en “La flor de Coleridge” (“Si un hombre atravesara el Paraíso en un sueño, y le dieran una flor como prueba de que había estado allí, y si al despertar encontrara esa flor en su mano ¿entonces, qué?”), en esa noche inolvidable traje una flor-libro. Es decir, al comentarle a Bioy que no había conseguido su *Memoria sobre la pampa y los gauchos*, y que tenía gran curiosidad por conocerlo, con caballerosidad y gentileza dignos de tal anfitrión me obsequió ese libro, que es más bien un folleto. Sólo hasta su visita a nuestro país en 1991, cuando vino a recibir también el Premio Alfonso Reyes y tuve la ocasión de atenderlo por solicitud de Alicia Zendejas, le pedí que me lo autografiara, pues aquella noche olvidé hacerlo impactado por el hecho de estar en su casa con él y con su gran amigo.

Lejos como estaba yo de intervenir en la conversación de ambos escritores, apenas si pude preguntarle a Bioy algo que me obsedía hacía buen tiempo, que era saber si realmente la película de Alain Resnais, *El año pasado en Marienbad*, estaba basada en su libro *La invención de Morel*. Respondió que me daría una explicación en otro momento. Mi impresión fue que el asunto no causaba simpatía.

Durante el diálogo entre ellos, Borges dijo algo que me llamó la atención, puesto que entre la riqueza y profundidad de la conversación la anécdota resaltaba por su exceso de simplicidad. Borges comentó: “Vea Adolfo, esta frase de la gente ordinaria: ‘esta carne es tan suave que se corta como si fuera manteca’”.

Bioy, sin mayor indicación de sorpresa, asentimiento o cualquier otra manifestación, sólo de entrever una sonrisa y enseguida extrajo del bolsillo de su saco una pequeña libreta donde anotó algo para continuar la charla.

No fue sino hasta la estancia de Bioy en nuestro país y mientras esperábamos en Monterrey el vuelo que habría de llevarnos a Veracruz cuando encontré el momento propicio para despejar ese que para mí era un enigma y que surgió inapropiadamente durante aquella reunión en su casa porteña. Me respondió con toda la afabilidad del mundo, tras una sonrisa que se convirtió casi en abierta carcajada. Explicó que los había pillado en la cacería que frecuentemente realizaban de frases y de toda clase de construcciones lingüísticas, distinguidas por su carácter plano o de simpleza absoluta justamente entre la gente sencilla. Ellos coleccionaban todas esas manifestaciones coloquiales o expresiones orales para recogerlas en los libros que escribían al alimón, donde los personajes, como en don Isidro Paro o H. Bustos Domecq, debían corresponderse verosímilmente en cuanto al habla de gente común que como autores, habían decidido para ellos.

Sin embargo, el objetivo de aquella reunión —solicitar a Bioy que, además de acompañar a Borges impartiera una serie de conferencias— naufragó desde el primer momento ante la rotundidad de

lumbago que aquejaba a éste, porque la prescripción médica le prohibía permanecer sentado por periodos prolongados, lo que se contraponía con el trayecto aéreo tan dilatado entre Buenos Aires y México.

Entusiasmado con la perspectiva de que lo acompañara Bioy —al comentar con su madre la circunstancia y el hecho mismo de visitar México a doña Leonor le parecieron elementos definitivos para el viaje—, podía, por lo tanto, emprenderlo sin preocupación alguna. Pero Borges no había considerado la incapacidad real de su amigo para viajar y no le quedó sino comentar, en primer lugar, que sin duda el lumbago de Adolfo se trocaría, así como en otros achaques previos, en algún nuevo y magnífico texto, y en segundo, que no cabía duda de que “los dioses aztecas estaban conjurados en su contra para impedirle por segunda ocasión el arribo a la patria, a la suave patria de Ramón López Velarde”. Fue la primera vez que lo oí mencionar al poeta mexicano, cuyo poema más conocido celebraban e incluso sabían de memoria tanto él como Bioy Casares.

Lo definitivo, en consecuencia, fue que una vez más no habría traslado a una tierra que desde hacía mucho tiempo le había enviado señales de atracción, ni aun la eventualidad de que cualquier amigo que lo había auxiliado en menesteres parecidos fuese su compañía. El desencanto ante el impedimento de Bioy fue suficiente para desmoralizarlo y hacerlo renunciar a efectuar un recorrido largo y fatigoso cuyos inconvenientes no se atenuaban al no ser asistido por alguien a quien tanto apreciaba.

Por lo demás, mi permanencia en Argentina, que de seis días previstos se extendió a algunos meses, me llevó al inexorable día del retorno, en el que tuve que dejar atrás —parafraseando a don Alfonso Reyes— grato tiempo y grata compañía, que ambas cosas se me concedieron en abundancia.

Fui a despedirme, y aun cuando lamenté lo infructuoso de mi permanencia en Buenos Aires, dado el fracaso en mi propósito fundamental de traerlo a México, me comprometí solemnemente ante diciéndole, como decimos por acá, que “la tercera es la vencida”, y que tendría que regresar con todo preparado para subirlo al avión.

Sonrió. Estrechó mis manos entre las suyas y me dijo lacónicamente con un tono que advertí más de convencimiento que de condescendencia: “Estoy seguro de que así será”.

### III

Volví con el deseo de ser admitido en el servicio diplomático mexicano para retornar a Buenos Aires como agregado cultural de nuestra embajada, posibilidad en la que no pensé hasta que la mencionó José Bianco, el escritor y secretario de redacción de la revista *Sur*, a quien traté bastante en la tertulia diaria que se efectuaba en la casa del también escritor Juan José Hernández. Bianco sabía por nuestros frecuentes encuentros de las actividades extraoficiales que realizaba durante mi residencia por aquellos rumbos: contactos con gente de letras, pintores, algunas charlas y difusión de información acerca del país en muchos aspectos. Así, me hizo la observación de que tales funciones, equivalentes

las que un *attaché* cultural, debía mejor desempeñarlas desde un puesto en nuestra representación. Habida cuenta de que me gustaba el ambiente local y de que las relaciones ya establecidas me facilitarían el trabajo.

A tal sugerencia contribuyó el hecho de que por esas fechas el cargo de agregado cultural que ostentaba Héctor Valdés quedaría vacante, pues él, un ex discípulo de la Facultad de Filosofía y Letras, retornaba a México.

Al regresar, removí literalmente cielo y tierra para ingresar en Relaciones Exteriores gracias a las recomendaciones de don Jaime Torres Bodet y don José Gorostiza —que como se sabe, estuvieron en el cargo de dicha secretaría—, en cuya cercanía estaba por mis investigaciones sobre su generación, la de los Contemporáneos. Con la suma de los buenos oficios de otros amigos conseguí el nombramiento, sólo que a punto de irme a Buenos Aires tuve que ceder mi puesto a otra persona por presiones que venían de estratos muy altos.

A cambio fui designado agregado cultural en Inglaterra. Pero esta vez, a causa de los temblores que ocurrieron en Puebla y en Veracruz, además de inundaciones en el Bajío, hubo un recorte presupuestario y, como resultado, mi trabajo a Inglaterra quedó pospuesto para el año siguiente.

Mientras llegaba la hora de mi salida al servicio exterior, me asignaron la tarea de investigar sobre la política cultural mexicana, tanto de orden público como privado, para integrar un informe oficial destinado a la UNESCO. Dado que la empresa Televisa comenzaba a incursionar en la producción de programas culturales televisivos, busqué a mi amigo Álvaro González Mariscal, encargado de las relaciones públicas del programa *Encuentro* —cuyo director general era Miguel Alemán Velasco— para conseguir datos sobre la emisión que comenzaba con un programa realmente espectacular sobre la lengua española, con la participación de académicos de todo el orbe hispánico.

Con una producción que no escatimaba en gastos para convertirse en la más importante realización cultural televisada, *Encuentro* hizo posible la presencia en México de las figuras más relevantes del mundo de la literatura, la ciencia, las artes plásticas, la filosofía y el cine, o de aquellas que daban actualidad a temas que alcanzaban su clímax en los años setenta, como el feminismo.

Por Canal 2 aparecieron personajes como Mario Vargas Llosa, Norman Mailer, Ernesto Sábato, Susan Sontag, Kate Millet, Umberto Eco, Marshall McLuhan, Régis Debray, Felipe González, Gore Vidal, Octavio Paz —por primera vez en la televisión mexicana—, Jerszy Grotowski, Roman Polanski y Joseph Losey, entre otros muchos, en las más de 200 transmisiones realizadas.

De aquella entrevista a la que acudí con un afán meramente informativo salí sin los datos que buscaba, pero me involucré en la estructura de *Encuentro* y, a la larga, me alejé de mis pretensiones de convertirme en diplomático.

Parte de mis funciones dentro de la televisión era sugerir temas para la serie y a los posibles participantes, así como la consiguiente invitación.

Una de las primeras providencias que tomé fue la integración de un programa en el que el e

principal del mismo fuera, por supuesto, Jorge Luis Borges, y en torno suyo un grupo de otros escritores que conversaran con él sobre cuestiones naturalmente literarias.

La estructura del programa establecía la intervención de cinco dialogantes: tres siempre de extranjero y dos nacionales como mínimo, o viceversa. Fue así que se armó una emisión que incluiría además de Borges, a Roger Caillois y Emir Rodríguez Monegal, de Argentina, Francia y Uruguay respectivamente; y Juan José Arreola, Juan García Ponce y Salvador Elizondo de México.

Una vez aprobada esta propuesta y animada con gran entusiasmo por Alemán Velasco, establecí contacto telefónico con Borges para plantearle esta nueva invitación, sólo que su respuesta fue negativa y contundente ya que, argumentó, el deterioro de la salud de su madre, como era previsible, era mucho mayor que en el año anterior (1972), en que estuve en Argentina con el mismo propósito.

Por otra parte, en mayo de 1973 la Sociedad Alfonsina Internacional, presidida a la sazón por Francisco Zendejas, otorgó el Premio Alfonso Reyes a Borges, el que se entregaría por primera vez en noviembre de ese mismo año. Sin embargo, el escritor, si bien expresó su complacencia, transmitió a la Sociedad Alfonsina la imposibilidad de asistir a recibir tal distinción debido al estado de salud de doña Leonor.

Tras la experiencia del año precedente, en que la señora Borges animó a su hijo al frustrado viaje a México con Bioy Casares, y tomando en cuenta la alta estima que el escritor tenía por Reyes, consideré conveniente trasladarme a Buenos Aires para hacer las gestiones respectivas *in situ*, con el fin de convencerlo para que viniera con el doble objetivo de recibir el premio y presentarse en televisión.

Luego de exponer el asunto a Francisco Zendejas, a Alfonso Reyes Mota y a Alicia, hija y nieta de quien da nombre al galardón, y en vista de que vieron con simpatía la propuesta, me autorizaron para ir con la representación de la Sociedad Alfonsina a insistir a Borges sobre la necesidad de su presencia en el país. Partí para cumplir esa misión que parecía imposible.

Ya en Buenos Aires, fueron aquellos días —veinticinco exactamente— de difíciles negociaciones con Borges, llenos de enorme tensión en los que tuve que pasar por la ratificada negativa a la que comunicada por él a México vía telefónica, y que se repitió varias veces, aunque en otras jornadas hubo vislumbres de esperanza.

Ante mi tenacidad, sin embargo, nunca en esos días me hizo el escritor señalamiento alguno de que no volviera a “platicar” con él. Y a mi porfía le debo las otras extraordinarias oportunidades de disfrutar inmensamente esos momentos.

Casi a punto de sentirme derrotado, surgió el barrunto más promisorio en el horizonte de acuciante expectación que estaba viviendo, puesto que a las razones desalentadoras manejadas por Borges se sumaban las comunicaciones telefónicas que desde México urgían a una respuesta definitiva.

En medio de una situación que a esas alturas ya se había tornado dramática para mí, agudizada por

las opiniones de amigos locales que apostaban prácticamente a que el escritor no viajaría a México, nombre, el recuerdo mágico de Reyes surgido tantas veces en las reuniones que sostuve durante esos días para tratar el asunto, más aún, el mismísimo don Alfonso que se hizo presente, fue de hecho el que operó el milagro de vencer literalmente la resistencia de Borges de embarcarse en un desplazamiento que aun cuando lo atraía, tenía razones que lo ataban a Buenos Aires.

Resulta que un buen día, verdaderamente un buen día, me citó en su departamento. Tras un preámbulo en el que, como siempre, hizo maravillosas referencias literarias y aludió con particular vehemencia al clima del posperonismo “grotesco” en el que se hallaba inmersa Argentina, a la sazón de manera si no extraña —pues era una de las imágenes oníricas que veía con relativa frecuencia—, de forma que consideraba muy significativa, Alfonso Reyes había “decidido” —fue su expresión— hacerle una nueva visita en sus sueños: “Lo veía, de la manera como lo recuerdo en la memoria más próxima que tengo de él... petiso, regordete, con esa sonrisa con que se ganaba a todas las personas. No hablaba, sólo hacía una especie de saludo con la mano, como se hace cuando va uno a recibir a los que desembarcan en un muelle”. Añadió que esa misma mañana le había referido el sueño a doña Leonor y ésta le respondió que sin duda era una señal inequívoca de que debía viajar a México para recibir el premio. Ella estaba segura de que una breve ausencia de él no supondría nada preocupante dentro de esa longevidad que ya la tenía desesperada, “no un poco, sino un mucho, porque eso de estar ahí, sin nada que hacer, anquilosada, así nomás...”

Mientras Borges me decía esto, aun sin responderme con claridad si en verdad viajaría “al Anáhuac de Reyes”, como solía decir, empecé a experimentar una agitación que no sabía de qué manera contener. Me repitió cosas que ya me había dicho en días previos, pero en ese momento me sonaban con una novedad absoluta:

Mi madre está muy mal; es duro lo que sucede. Imagínese lo que significa para mí todo esto. Su declive, porque eso ha sido el proceso, comenzó después de un accidente. Se atragantó con un garbanzo. Hubo que operarla y debido a ello le provocaron una lesión en la garganta. Ella me comentó: “Así como se dice antes de Cristo y después de Cristo, antes de la Hégira y después de la Hégira, yo puedo hablar de mi vida como antes del garbanzo y después del garbanzo”. Mantiene todavía muy firme su sentido del humor. Está muy lúcida también y por ello está desesperada. Sí, lo peor es su lucidez, sufre mucho, pero tiene una paciencia asombrosa. Recién que cumplió los noventa y siete años me dijo: “Llegué a los noventa y siete... se me fue de la mano”. Es muy criolla para hablar.

Esto me lo decía mientras íbamos hacia la recámara de doña Leonor, adonde me pidió que la acompañara pues ella quería saludarme y hacer algunas peticiones. Cuando entramos en la habitación en un acto que interpreté como de enorme y absoluto respeto por ella, puesto que la hora de la cita había fijado por indicación de la propia señora, éste le inquirió que si estaba “recuerda” —vocablo que identifiqué como de uso corriente en el medio rural veracruzano y particularmente empleado por mi abuela paterna para indicar que alguien está despierto—.

Doña Leonor asintió, me saludó de mano y con una voz apenas audible me convirtió en el conductor para agradecer a quienes concedían el Premio Reyes, el que esa distinción otorgada por primera vez

fuera para su hijo, quien muchas veces había expresado tanto su estima como su admiración y reconocimiento por el mexicano. Además, agregó que por la deuda que tenía con ese hombre, con “ese verdadero caballero de las letras”, era no sólo necesario sino “un deber ineludible de Georgie” estar presente en la ceremonia de entrega del galardón, más aún si quien se encargara de poner en sus manos la recompensa era el entonces presidente de la República Luis Echeverría Álvarez.

Nunca en mi vida intenté manifestar mi agradecimiento de manera tan viva, tan profunda, como en ese momento lo hice con doña Leonor, la que ante mi casi incontenida euforia solamente expresó con una entereza admirable que dado el exceso de vida que ya le había sido concedido hasta esos días, ella bien podía solicitar una “pizquita” de tiempo de unos cuantos días para que Georgie pudiera cumplir esa verdadera obligación con la memoria de don Alfonso.

Únicamente pedía, al ser ya impensable que ella acompañara a su hijo, que alguien de la confianza de ambos pudiera viajar con él para asistirlo en todo aquello que su edad y, sobre todo su ceguera, le impedían realizar de manera regular.

Claude Hornos de Acevedo, amiga de vieja data de la familia y colaboradora estrechísima de Borges en la preparación de su trabajo sobre Spinoza —que, hasta donde tengo noticia, o no quedó concluido o no se ha publicado—, fue requerida para ser acompañante en este viaje a México.

Claudine —así llamada familiarmente por Borges— asintió con prontitud a la solicitud, atendiendo a la circunstancia de que el tiempo para salir de Argentina estaba ya sobre nosotros en virtud de que la fecha fijada originalmente para la ceremonia de entrega del premio era noviembre, y cuando acepté finalmente el recipiendario se extinguía ya el mes, pues era justamente el día 30.

Fue necesario hacer en México los ajustes para la agenda de Borges, que no iba a rebasar los sesenta días, mismos que impuso como requisito para el periplo —incluidos los dos que prácticamente consumía el trayecto de ida y vuelta de la ruta Buenos Aires-Lima-Bogotá-México—: el primero, más importante, la fecha de entrega del premio que estaba condicionada a una agenda presidencial siempre difícil, y el segundo, el remplazo de Roger Caillois y Emir Rodríguez Monegal en un programa televisivo en virtud del cambio en el día establecido inicialmente para la grabación con un autor que, como dijo memorablemente Caillois de su encuentro original con Borges en Argentina, valía por sí solo el viaje.

Hubo, además, otras condiciones estipuladas por Borges: la exigencia de que si no iba a ser una visita de incógnito, sí tenía que estar plenamente garantizada la ausencia total de prensa, excepto la que informaría sobre la ceremonia de entrega del premio, pues consideraba que su presencia en televisión cubriría el resto de las expectativas que su estancia pudiera generar.

Solicitó, asimismo, que en caso de que su madre cayera en estado de extrema gravedad, contara con una transportación directa y rápida de vuelta en caso necesario, la Presidencia de la república ofreció un *jet ejecutivo*, y hubo igual compromiso de Televisa.

Puesto ya el 7 de diciembre en la agenda presidencial para la ceremonia y el 8 para la grabación d



programa de televisión, y luego de un cortejo que conllevó un intento previo y un lapso real de varios meses de 1972, y casi dos de 1973, la primera jornada borgesiana a nuestro país se concretó definitivamente al abordar el escritor el avión en el aeropuerto de Ezeiza el 4 de diciembre de ese último año.

#### IV

A la hora convenida estaba Borges puntualísimo, impulsado seguramente por sus genes británicos, a la puerta del edificio donde vivía. Bajó acompañado por Fani, la fiel servidora de él y su madre por tantos años, a quien recomendó prodigar más tención que la usual a doña Leonor.

Ya en la *remisse* o limusina en que nos dirigíamos hacia el aeropuerto, mientras dejábamos atrás el centro histórico donde estaba localizado su domicilio, iba indicando con precisión pasmosa los puntos por los que cruzábamos de su mítica Buenos Aires, lo que sorprendía mayormente ya que a causa de la circunstancia de su ceguera se sumaba el hecho de que el recorrido no se efectuaba a pie. Tarareó y recitó en algún caso la música y letra de alguna milonga o canción relacionada con determinados lugares por donde atravesábamos.

Al llegar a Ezeiza nos esperaba el embajador de México en Argentina, Celso Humberto Delgado, quien acudió a despedir de manera oficial al, desde horas, invitado especial del gobierno mexicano. Solicitó un trato preferente para el viajero tan distinguido, lo que mucho complació a Borges, pues comenzó desde ahí a sentir una calidez y una cordialidad que en el avión comparó con la que otorgaba aquel otro embajador en Argentina llamado Alfonso Reyes. Claudine se retrasó, lo que tranquilizó a Borges, quien con nerviosismo un tanto infantil preguntó que, si acaso perdía el vuelo, su amiga, habría alguien esperándolo a su llegada a México. Le hice ver que yo también viajaba a ese lado, y una mezcla de asombro y ternura me invadió por estar allí junto a ese gigante de la literatura que justo en ese momento se sentía como un niño que viaja por vez primera sin la compañía de sus padres.

El desasosiego se disipó rápidamente con la llegada de Claudine y por el infaltable asedio de quienes se acercaban a saludarlo porque lo reconocían.

Fue un viaje agotador por lo largo de la ruta, apenas punteado en su monótona linealidad por las aliviadoras escalas en Lima y Bogotá. En Lima el humor borgesiano asomó a plenitud mientras nos dirigíamos al baño, para lo que solicitó el auxilio de mi condición —nunca más honrosa y privilegiada— de lazarrillo.

Me inquirió en el breve trayecto si sabía yo cómo se referían en alguna universidad de Estados Unidos al acto de orinar: “*To go to shake the bishop’s hand*”. Eso es, ir a estrechar la mano del obispo.

En nuestro siguiente viaje a México, en 1978, al hacer escala en Lima y repetir el recorrido hacia

baño, le referí esa ocurrencia que no recordó, y respondió asombrado: “¡Caramba, pero con qué buena fortuna ha corrido esta broma. Así que la conocen en México también!”

Tiempo después, al leer la biografía *Borges, esplendor y derrota*, escrita por otra de sus grandes amigas, María Esther Vázquez, advertí en toda su dimensión la picardía borgesiana, ya que cuenta a la confidente del escritor que éste en su juventud provocaba a los corrillos femeninos en las reuniones anunciando que iba al baño: “Tengo que ir a estrechar la mano a monseñor”. Se trataba, a todas luces, de algo de su propia inventiva.

Muchas horas después, precisamente después de las más largas y desesperantes, las que para mí parecieron transcurrir como las de cualquier día normal en tierra sin visos de cansancio ni mortificación, instalado como estuvo siempre en una conversación incesante con Claudine, los millones y millones de luces de la ciudad de México comenzaron a verse fragmentariamente por las pequeñas ventanas de la cabina de primera clase.

Después del aterrizaje, el avión fue colocado de una manera inusual, pero consideré que debido al gran número de salidas y llegadas, dada la hora, siete de la noche pasadas, habían acomodado la aeronave en lo que denominaban en términos aeroportuarios una posición remota.

Le sugerí a Borges y a Claudine que permaneciéramos sentados hasta que la totalidad del pasaje que ya estaba de pie, dispuesto a salir, lo hiciera, para no pasar molestias. Habíamos llegado desde la pampa argentina hasta el altiplano mexicano, acotó Borges, así que unos minutitos de más sentados no nos significaran mayor cosa. En ese acuerdo estábamos cuando se abrió la puerta del *jumbo* e irrumpió la encargada de Relaciones Públicas del aeropuerto, quien por el sistema de comunicación solicitó al pasaje que volviera a sus lugares y al señor Jorge Luis Borges y acompañantes pasar adelante con sus contraseñas de equipaje en la mano.

Me invadió el terror, pues se suponía que nuestro arribo sería de manera casi sigilosa para cumplir con los términos pactados con el invitado especial de México, y esa inesperada, estruendosa bienvenida a bordo era sintomática de que el compromiso no se había cumplido.

No hubo más, en fin, que enfilarse a la salida. Desde lo alto de la escalerilla del avión lo primero que se avistaba era una multitud de unas cuatrocientas o quinientas personas (según cálculos del personal del aeropuerto) que prorrumpió en aplausos y vivas a Borges, junto con los *flashazos* de las cámaras fotográficas y de otras personas y las luces de la televisión apenas apareció éste a punto de descender del aparato.

Borges, que venía apoyado en mi brazo, sorprendido con ese recibimiento tan desbordante de entusiasmo mexicano, me oprimió con fuerza, lo que interpreté como un inmediato signo de reprobación. Como no podía voltear, pues pisaba con cuidado los escalones para que él bajara con seguridad, y con el deslumbramiento de tantas luces, no pude observar la franca y abierta sonrisa que se marcó en su cara, signo evidente de complacencia, lo cual pude advertir después en el noticiario televisivo nocturno.

Al pie de la escalerilla esperaban los enviados oficiales a darle la bienvenida: Jaime Peña Verónica, subdirector de Ceremonial de la Secretaría de Relaciones Exteriores; Javier Fernández, agregado cultural de la embajada de Argentina; Alicia Reyes, la nieta de don Alfonso; el equipo de *Encuentro* que colaboraba en la parte organizativa del programa —Patricia Damm, Susan Mailer, Francisco González—; Francisco Zendejas, presidente de la Sociedad Alfonsina Internacional; y el mar coreano de fanáticos borgesistas.

Atrás estaba la limusina en la que se desplazaría el escritor durante su estancia mexicana. Comprendí entonces por qué el avión fue colocado de manera especial, lo que se hace sólo para la atención de visitantes distinguidos.

Pregunté a mis compañeros de trabajo por qué se congregó tanta gente, tanta prensa, cuando la instrucción era lo contrario: el periódico *Excélsior* solicitó a su corresponsal en Buenos Aires que entrevistara a Borges sobre el Premio Alfonso Reyes y en el reportaje anunció el día de la llegada. En consecuencia, se creó una situación que desbordó incluso los servicios de seguridad del aeropuerto. Como era visible, una verdadera multitud lo recibía alborozada y los periodistas trataban de obtener sus declaraciones. Lo notable es que la conmoción la provocaba una figura de las letras, lo que, como fenómeno, según observó personal del aeropuerto, sólo se había dado con la visita de estrellas cinematográficas como Elizabeth Taylor y Richard Burton, o con figuras del ámbito deportivo, donde la gente había roto los cordones de seguridad e invadido las zonas restringidas.

El cansancio por el viaje y la edad de Borges privaron sobre el arrebató de sus seguidores y se condujo rumbo al hotel donde se hospedaría. Pero aunque fue posible que evadiera las declaraciones en su llegada, la sagacidad del reportero Rodolfo Rojas Zea, de *Excélsior*, logró arrancarle algunas respuestas cuando llegaba al lugar de alojamiento.

Con su primera noche en suelo mexicano concluía toda una serie de intentos que habían arrancado desde muchos años atrás, desde tiempos en que el propio Alfonso Reyes lo “convidó a visitar su tierra” para que fuera realidad la cita con un país que había presentado desde su lectura de uno de los clásicos de Prescott, *La conquista de México*.

A la mañana siguiente me presenté en el hotel antes de lo previsto, requerido por Claudine vía telefónica, pues Borges quería que habláramos con cierta urgencia, lo cual me alarmó y me hizo concebir que sobrevendría un reclamo por el incumplido pacto de que su presencia en el país estuviera alejada de resonancias más allá de las estrictamente requeridas.

Cuando llegué, preparado para una situación difícil, el escritor iniciaba el desayuno acompañado por Claudine, a la que había pedido que me anunciara, en primer lugar que, contrario a lo que había solicitado, toda persona que quisiera saludarlo o tener entrevistas con él podía acercarse, que recibiría gustosamente; en segundo lugar, que fijáramos un programa de actividades iniciando con una visita a la Capilla Alfonsina previa a la ceremonia de entrega del Premio Alfonso Reyes, pues quería conocer en privado y sentir el ambiente del recinto donde su gran amigo vivía y trabajaba.

Una vez terminado su magro desayuno, dijo que quería saludar “a sus muchachos... Octavio Paz, Carlos Fuentes y Gabriel García Márquez, que viven en esta ciudad ¿no es así?”

Además, la incertidumbre de estar en este país, de saberse querido por los mexicanos, le avivó el deseo y la necesidad de escribir poesía, algo que no había sentido hacía algún tiempo. Esa mañana amaneció con el deseo de escribir un poema sobre el país anfitrión.

—Hemos hablado tanto de México en los últimos días que quizá ya antes de llegar empecé a sentir un poema sobre este país, pero voy a demorarlo todo lo que pueda porque quiero que el poema lo escriba solo. Que no sea una página fabricada por mí, no por un literato. Que sea realmente un poema...

—¡México en un poema de Borges! —alcancé a comentar.

—Sí, y estoy entreviéndolo. He concebido la primera línea. Se me ocurrió al levantarme; esto es un aliciente poderoso para pensar que comenzaré a escribirlo. Pero para ello quiero también pedir que si está en sus manos arregle todo para ir a un lugar donde haya pirámides, porque quiero sentirme saber que estoy en un ámbito verdaderamente mexicano. En cuanto a ver lugares... Bueno, como me veo me dirán: ésa es la pirámide tal y yo les creeré naturalmente. Que le describan a uno las cosas un poco inútil y yo quiero por lo menos tocar esas piedras que para ustedes son sagradas, ¿no es cierto? Así tendré la auténtica experiencia de estar en su país.

El pasmo me dejó casi sin habla. Procedí a cumplir todo lo solicitado. No fueron posibles los encuentros con Paz, García Márquez y Fuentes porque no se hallaban entonces en el país. En cuanto a las entrevistas, desde esa misma tarde comenzó un desfile en el que participaron Elena Poniatowska, Carmen Galindo, Ignacio Solares, Jacobo Zabludovski y muchos más que conversaron con ese hombre impar que, de pronto, descubrió cuánto se le admiraba aquí.

Empezó igualmente el desfile de los escritores con quienes departió: Carlos Monsiváis, José Emilio Pacheco, Tomás Segovia, Gabriel Zaid, Manuel Maples Arce, Carlos Montemayor, Juan Rulfo, Antonio Chumacero, José Alvarado y tantos otros, además de Juan José Arreola, Salvador Elizondo y Juan García Ponce, que alternaron con él en el programa de televisión junto con el venezolano Adrián González León y Germán Bleiberg, español, cuyas presencias vinieron a suplir a Caillois y a Rodríguez Monegal, así como amigos y editores como Arnaldo Orfila Reynal y Joaquín Díez-Canedo o Javier Wimer, ex agregado cultural en Argentina, con quien estableció amistad allá, y Natasha González Casanova, hija de su otro amigo, Pedro Henríquez Ureña.

A quien no tuvo ocasión de saludar fue al “poeta Salvador Novo” —al que había conocido en Buenos Aires en 1933— a pesar de que se organizó una comida en el restaurante La Capilla, propiedad de éste, ya que esa mañana fue internado en el hospital aquejado del mal que lo acabaría un mes después.

La presencia de los fotógrafos, como Pedro Meyer, que imprimió las imágenes oficiales para la galería de invitados del programa *Encuentro*, fue incesante, igual que la de Rogelio Cuéllar, que siguió

- [download Lonely Planet Washington, Oregon & the Pacific Northwest \(4th Edition\) \(Regional Travel Guide\) book](#)
- [download online Bare-Knuckle Boxer's Companion: Learning How to Hit Hard and Train Tough from the Early Boxing Masters pdf, azw \(kindle\), epub, doc, mobi](#)
- [Projective Identification and Psychotherapeutic Technique book](#)
- [read online Marianne Dreams pdf, azw \(kindle\)](#)
- [read online A Heartbeat and a Guitar: Johnny Cash and the Making of Bitter Tears here](#)
  
- <http://qolorea.com/library/Lonely-Planet-Washington--Oregon---the-Pacific-Northwest--4th-Edition---Regional-Travel-Guide-.pdf>
- <http://unpluggedtv.com/lib/The-Fire-Rose--Dragonlance--Ogre-Titans--Book-2-.pdf>
- <http://unpluggedtv.com/lib/Projective-Identification-and-Psychotherapeutic-Technique.pdf>
- <http://aircon.servicessingaporecompany.com/?lib/Marianne-Dreams.pdf>
- <http://www.freightunlocked.co.uk/lib/The-Free-World.pdf>